

Juan Pablo II

para perpetua recordación del hecho

El ideal de vida franciscano sigue impulsando sin cesar, en nuestro tiempo no menos que en los pasados, a muchos hombres y mujeres que anhelan la perfección evangélica y desean la implantación del Reino de Dios.

Tomando como modelo a san Francisco de Asís, los miembros de la Tercera Orden Regular se esfuerzan por seguir a Jesucristo mismo, viviendo en fraternidad, comprometiéndose con voto público a la observancia de los consejos evangélicos de obediencia, pobreza y castidad y entregándose a las diversas formas de la actividad apostólica. Para realizar con mayor perfección ese ideal de vida, cultivan asiduamente la oración, ejercitan recíprocamente la caridad fraterna y practican la verdadera penitencia y la abnegación cristiana.

Siendo así que cada uno de los aspectos y de los conceptos de este ideal de vida franciscano se encuentran abundantemente expresados en la *Regla u Vida de los Hermanos y de las Hermanas de la Tercera Orden Regular de san Francisco* y están totalmente conformes con la verdadera institución franciscana, tal como se hallan en ella descritos, Nos, en virtud de la plenitud de nuestra potestad apostólica, establecemos, determinamos y decretamos que esta *Regla* tenga validez y autoridad propia, como expresión genuina de la vida franciscana, para los Hermanos y las Hermanas, en todas partes, teniendo en cuenta cuanto decretaron sobre este asunto, en su tiempo, nuestros predecesores León X y Pío XI, mediante las Constituciones Apostólicas *Inter caetera* y *Rerum condicio*.

Sabemos muy bien con qué diligencia y cuidado se ha llevado a cabo la renovación y adaptación de esta *Regla y Vida* y de qué manera se ha llegado felizmente a la meta de un consenso, después de muchas discusiones e investigaciones, propuestas y redacciones. Por lo mismo, confiamos que ha llegado el momento de ver logrados los abundantes frutos de renovación que se esperan de ahora en adelante.

Así pues, mandamos que esta manifestación de nuestra voluntad tenga vigencia y posea eficacia tanto ahora como en el futuro, sin que de ningún modo obste nada que sea contrario.

Dado en Roma, junto a San Pedro,
bajo el anillo del Pescador, el día 8 de diciembre de 1982,
quinto año de nuestro Pontificado.

Agustín Card. Casaroli
Secretario de Estado

Palabras de San Francisco a sus seguidores

Todos los que aman al Señor *con todo el corazón, con toda el alma y la mente, con todas las fuerzas*, y aman a sus prójimos como a sí mismos, y aborrecen sus cuerpos con sus vicios y pecados, y reciben el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, y producen frutos dignos de penitencia: &161;Oh cuán dichosos y benditos son aquellos y aquellas que tales cosas ponen en práctica y perseveran en ellas!

Porque *reposará sobre ellos el espíritu del Señor* y pondrá *en ellos* su habitación y *morada*. Y son hijos del Padre celestial, cuyas obras realizan; y son esposos, hermanos y madres de nuestro Señor Jesucristo.

Somos sus esposos, cuando el alma fiel se une, en el Espíritu Santo, a nuestro Señor Jesucristo. Somos sus hermanos, cuando cumplimos *la voluntad del Padre que está en los cielos*. Somos sus madres, cuando lo llevamos en nuestro corazón y en nuestro cuerpo mediante el amor divino y una conciencia pura y sincera; lo damos a luz mediante las acciones santas, que deben resplandecer para ejemplo de los demás.

Oh, qué glorioso y santo y grande es tener en los cielos un Padre! &161;Oh, qué santo y qué tierno, placentero, humilde, pacífico, dulce, amable y sobre todas las cosas deseable es tener un tal Hermano y un tal Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que dio la vida por sus ovejas y oró al Padre, diciendo: *Padre santo, guarda, por tu nombre, a los que me diste en el mundo; eran tuyos, y tú me los diste. Yo les he dado a ellos las palabras que tú me diste, y ellos las han aceptado, y han creído que realmente he salido de ti y han conocido que tú me has enviado*. Ruego por ellos y no por el mundo. Bendícelos y conságalos; *por ellos yo me consagro a mí mismo. No te pido sólo por ellos, sino por todos los que han de creer en mí gracias a su palabra, para que sean consagrados en la unidad como nosotros. Y quiero, Padre, que estén conmigo donde yo estoy, a fin de que vean mi gloria en tu reino*. Amén.

La Regla y Vida de los hermanos y de las hermanas de la Tercera Orden Regular de san Francisco

1. En el nombre del Señor! Comienza la Regla y Vida de los hermanos y de las hermanas de la Tercera Orden Regular de san Francisco

1. La forma de vida de los hermanos y de las hermanas de la Tercera Orden Regular de san Francisco consiste en observar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, viviendo en obediencia, en pobreza y en castidad. Siguiendo a Jesucristo, a ejemplo de san Francisco, están obligados a practicar más y mayores cosas, observando los preceptos y los consejos de nuestro Señor Jesucristo, y deben negarse a sí mismos, como cada cual ha prometido al Señor.
2. Los hermanos y las hermanas de esta Orden, juntamente con todos cuantos quieren servir al Señor Dios dentro de la Iglesia católica y apostólica, han de perseverar en la verdadera fe y en la penitencia. Se proponen vivir esta conversión evangélica en espíritu de oración, de pobreza y de humildad. Absténganse de todo mal y perseveren en el bien hasta el fin, porque el mismo Hijo de Dios ha de venir en la gloria, y dirá a todos los que le conocieron y le adoraron y le sirvieron en penitencia: *Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que está preparado para vosotros desde el origen del mundo.*
3. Los hermanos y las hermanas prometen obediencia y reverencia al Papa y a la Iglesia Católica. Con el mismo espíritu han de obedecer a aquellos que han sido constituidos para el servicio de la fraternidad. Y, dondequiera que estuvieren y en cualquier lugar donde se hallaren, han de tratarse entre sí espiritual y atentamente, con respeto y consideración. Y fomenten la unidad y la comunión con todos los miembros de la familia franciscana.

2. La aceptación de esta vida

4. Aquellos que, inspirados por el Señor, vienen a nosotros con deseo de abrazar esta vida sean acogidos con bondad. En el tiempo oportuno serán presentados a los ministros que tienen la facultad de admitir en la fraternidad.
5. Los ministros han de asegurarse de que los candidatos profesan la verdadera fe católica y los sacramentos de la Iglesia. Si son idóneos, sean iniciados en la vida de la fraternidad. Y expóngaseles todo lo referente a esta vida evangélica, de modo especial estas palabras del Señor: *Si quieres ser perfecto, vete y vende todo lo que tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, luego ven y sígueme.* Y también: *que quiera venir en pos de mí niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.*
6. De esta forma, dejándose guiar por el Señor, inicien la vida de penitencia, sabiendo que todos hemos de estar en disposición de conversión permanente. Como signo de la conversión y de la consagración a la vida evangélica, usen vestidos humildes y vivan con sencillez.
7. Terminado el tiempo de la prueba, sean recibidos a la obediencia, prometiendo observar siempre esta vida y Regla. Y, dejando de lado todo cuidado y toda preocupación, de la mejor manera que puedan, esfuércense por servir, amar, honrar y adorar el Señor Dios con corazón limpio y mente pura.
8. Preparen siempre en sí mismos habitación y morada a ese mismo Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de manera que crezcan en el amor universal con corazones indivisos, convirtiéndose continuamente a Dios y al prójimo.

3. El espíritu de oración

9. Dondequiera y en todo lugar, a toda hora y en todo tiempo, los hermanos y las hermanas crean sincere y humildemente, y tengan en el corazón, y amen, honren, adoren y sirvan, alaben, bendigan y glorifiquen al altísimo y sumo Dios eterno, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y adórenle con corazón puro, *porque es necesario orar de continuo y sin desfallecer; ya que tales adoradores busca el Padre. Con ese espíritu, han de celebrar el oficio divino en unión con la Iglesia universal.*

Aquellos y aquellas, que Dios ha llamado a la vida de contemplación, manifiesten su dedicación al Señor con alegría diariamente renovada y celebren el amor del Padre para con el mundo, el cual nos ha creado, nos ha redimido y por su sola misericordia nos salvará.

10. Alaben al Señor, rey del cielo y de la tierra, los hermanos y las hermanas con todas las criaturas, y denle gracias porque, por su santa voluntad y por medio de su único Hijo con el Espíritu Santo, creó todas las cosas espirituales y corporales y nos creó también a nosotros a su imagen y semejanza.
11. Conformándose totalmente al santo Evangelio, los hermanos y las hermanas reflexionen en su mente y retengan las palabras de nuestro Señor Jesucristo, que es la Palabra del Padre, y las palabras del Espíritu Santo, que *son espíritu y vida.*
12. Participen en el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo y reciban su cuerpo y su sangre con grande humildad y veneración, teniendo presente que dice el Señor: *Quien come mi carne y bebe mi sangre tendrá la vida eterna.*

Tributen toda la reverencia y todo el honor que puedan al santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, y a sus santísimos nombres y palabras escritas: en él han obtenido la paz y la reconciliación con Dios omnipotente todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra.

13. En todas sus ofensas, los hermanos y las hermanas apresúrense a expiarlas, interiormente por la contrición y exteriormente por la confesión: y hagan frutos dignos de penitencia. Deben, además, ayunar; y esfuércense por ser siempre sencillos y humildes. Ninguna otra cosa, pues, deseen sino a nuestro Salvador, que se ofreció a si mismo en el ara de la cruz, como sacrificio y hostia, mediante su sangre, por nuestros pecados, dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas.

4. La vida en castidad por el reino de los cielos

14. Consideren los hermanos y las hermanas la excelencia tan grande en que los ha colocado el Señor Dios, *ya que los ha creado y formado a imagen de su amado Hijo según el cuerpo, y a semejanza suya según el espíritu.* Creados por medio de Cristo y en Cristo, han elegido esta forma de vida que se funda en las palabras y en los ejemplos de nuestro Redentor.
15. Habiendo profesado la castidad *por el reino de los cielos*, han de cuidarse de lo que toca al Señor, y *no han de tener otra preocupación que la de seguir la voluntad del Señor y agradarle a él.* Obren en todo de forma que de su comportamiento irradie la caridad para con Dios y para con todos los hombres.
16. Tengan presente que, en virtud de este don eximio de gracia, han sido llamados a manifestar en su vida el admirable misterio de la Iglesia, unida a su divino esposo, Cristo.
17. Pongan los ojos, ante todo, en el ejemplo de la bienaventurada Virgen María, Madre de Jesucristo, Dios y Señor nuestro, siguiendo el mandato de san Francisco, que profesó una grandísima veneración a santa María, Señora y Reina, *virgen hecha iglesia.* Y recuerden

que la inmaculada Virgen María, cuyo ejemplo han de seguir, se llamó a sí misma *esclava del Señor*.

5. Modo de servir y trabajar

18. Como hermanos y hermanas pobres, a quienes el Señor ha dado la gracia de servir y de trabajar, sirvan y trabajen con fidelidad y con devoción, de tal manera que, evitando la ociosidad, enemiga del alma, no apaguen el espíritu de la santa oración y devoción, al que deben servir las demás cosas temporales.
19. Y como remuneración por el trabajo, reciban, para sí y para sus hermanos, lo necesario para la vida corporal, y esto humildemente, como corresponde a siervos de Dios y seguidores de la santísima pobreza. Y procuren distribuir a los pobres todo lo que les sobrare. Nunca han de desear estar sobre los demás, antes bien han de ser servidores y estar sometidos a toda humana criatura por Dios.
20. Los hermanos y las hermanas sean mansos, pacíficos y modestos, apacibles y humildes, hablando con todos dignamente, como conviene. Y, dondequiera que estén y a cualquier parte que vayan por el mundo, no litiguen ni se traben en discusiones, ni juzguen a los demás, sino que han de mostrarse *alegres en el Señor*, jubilosos y oportunamente donairosos. Y saluden diciendo: "El Señor te dé la paz."

6. La vida en pobreza

21. Esfuércense todos los hermanos y las hermanas por seguir la humildad y pobreza de nuestro Señor Jesucristo, quien *siendo rico*, quiso por encima de todo elegir la pobreza en este mundo, juntamente con la beatísima Virgen, su madre, y se anonadó a sí mismo.
Y tengan presente que no debemos poseer nada de cuanto hay en el mundo, sino *contentarnos*, como dice el Apóstol, *con tener qué comer y con qué vestirnos*. Y guárdense mucho del dinero.
Y han de sentirse dichosos cuando se hallan entre gente de baja condición y despreciada, entre los pobres y débiles, entre los enfermos y los leprosos, y con los que piden limosna a la vera del camino.
22. Los que son verdaderamente pobres de espíritu, siguiendo el ejemplo del Señor, no hacen de cosa alguna objeto de apropiación, reservándola egoístamente para sí, sino que viven como viajeros y forasteros en este mundo. Ésta es la celsitud de la altísima pobreza, que nos ha constituido herederos y reyes del reino de los cielos, nos ha hecho pobres de cosas y nos ha enaltecido en virtudes.
Sea ésta nuestra porción, la que conduce a la tierra de los vivientes. Estrechándonos a ella totalmente, ninguna otra cosa queramos tener jamás bajo el cielo.

7. La vida fraterna

23. Los hermanos y las hermanas ámense entre sí por amor de Dios, como dice el Señor: *Éste es mi mandamiento, que os améis unos a otros como yo os he amado*. Y muestren con las obras el amor que se profesan mutuamente. Cada uno manifieste confiadamente a los demás su propia necesidad, a fin de ser ayudado y servido por ellos en los que necesita. Son bienaventurados los que aman tanto a su hermano cuando se halla enfermo y no puede corresponderles, como cuando se halla sano y puede corresponderles.

Y den gracias al Creador por todo lo que les sucediere, y deseen estar tal como el Señor los quiere, sanos o enfermos.

24. Si aconteciere que surgiera entre ellos, algún motivo de disgusto, ya sea de palabra ya por gestos, enseguida, antes de presentar la ofrenda de su oración al Señor, pídanse perdón humildemente el uno al otro. Si alguno descuidare gravemente la forma de vida que ha profesado, sea amonestado por el ministro o por los demás que hayan tenido conocimiento de su culpa. Y ellos no lo avergüencen ni hablen mal de él, antes bien usen con él de gran misericordia. Todos deben guardarse de airarse y alterarse por causa del pecado de alguno, porque la ira y la alteración impiden la caridad en sí y en los demás.

8. La obediencia caritativa

25. Los hermanos y las hermanas, a ejemplo del Señor, que puso su voluntad en la voluntad del Padre, tengan presente que han renunciado por Dios a su voluntad propia. Cuando se reúnen en capítulo, busquen *primeramente el reino de Dios y su justicia* y exhórtense entre sí sobre el modo de observar mejor la Regla que han prometido de seguir fielmente las huellas de nuestro Señor Jesucristo. No tengan potestad o señorío alguno, sobre todo entre ellos. *Por caridad de espíritu*, sírvanse y obedézcanse voluntariamente *los unos a los otros*. Y ésta es la verdadera y santa obediencia de nuestro Señor Jesucristo.
26. Están obligados a tener siempre a uno como ministro y siervo de la fraternidad, y a él estén obligados firmemente a obedecer en todas las cosas que prometieron al Señor guardar y no se oponen a su conciencia y a esta Regla.
27. Los que son ministros y siervos de los otros hermanos visítenlos, amonéstelos con humildad y caridad, y anímenlos. Y, dondequiera que se hallaren los hermanos y las hermanas, los que supieren y conocieren que no pueden cumplir la Regla espiritualmente, deben y pueden recurrir a sus ministros. Los ministros, por su parte, acójalos con caridad y bondad y usen con ellos de una familiaridad tan grande que los hermanos les puedan hablar y tratar como los señores a sus servidores: porque así debe ser, que los ministros sean servidores de todos los hermanos.
28. Nadie se apropie servicio alguno, sino que debe dejar el cargo gustosamente cada uno al cumplir el tiempo establecido.

9. La vida apostólica

29. Los hermanos y las hermanas amen al Señor *con todo el corazón, con toda el alma y la mente, con todas las fuerzas*, y amen a sus prójimos como a sí mismos. Y ensalcen al Señor con sus obras, ya que para esto los ha enviado al mundo, para que, con la palabra y con las obras, den testimonio de su voz y hagan saber a todos que no hay otro omnipotente fuera de él.
30. La paz que anuncian de palabra, ténganla en mayor medida en sus corazones. Nadie por causa de ellos sea instigado a la ira o al escándalo, sino que todos sean estimulados, por su misma mansedumbre, a la paz, a la benignidad y a la concordia. Pues para esto han sido llamados los hermanos y las hermanas: para curar a los heridos, vendar a los quebrantados y volver al recto camino a los extraviados. Dondequiera que se hallen, recuerden que se entregaron a sí mismos y abandonaron sus cuerpos al Señor Jesucristo. Por amor suyo han de exponerse a los enemigos, así visibles como invisibles, porque dice el Señor: *Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos*.
31. En la caridad que es Dios, todos los hermanos y las hermanas, ya oren ya sirvan ya trabajen, procuren humillarse en todo, sin vanagloriarse ni complacerse de sí mismos ni

envanecerse interiormente de las palabras y obras buenas, más aún, de bien alguno que Dios hace o dice o realiza alguna vez en ellos y por medio de ellos. En todo lugar y en toda circunstancia, reconozcan que todos los bienes son del Señor Dios altísimo, dueño de todo, y tribútenle gracias, porque todos los bienes proceden de él.

Exhortación y bendición

32. Pongan empeño todos los hermanos y las hermanas en aspirar, sobre todas las cosas, a poseer el espíritu del Señor y su santa operación.

Y, sujetos siempre a la santa Iglesia, firmes en la fe católica, observen la pobreza y humildad y el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo que firmemente han prometido.

Y todo el que guardare estas cosas sea colmado en el cielo de la bendición de altísimo Padre y sea colmado en la tierra de la bendición de su amado Hijo, con el Espíritu Santo Paráclito y con todas las virtudes de los cielos y con todos los santos. Y yo, el hermano Francisco, el pequeñuelo, siervo vuestro, os confirmo, en cuanto está de mi parte, por dentro y por fuera, esta santísima bendición.